

I CONGRESO LATINOAMERICANO DE TEORÍA SOCIAL

19 al 21 de agosto de 2015

Buenos Aires, Argentina

Mesa 50: Guerra y Teoría Social

Ponencia: “Sobre los orígenes de la Sociología: guerra, comercio, industria y paz en Benjamin Constant”.

Autor: Pablo Bonavena. Instituto Gino Germani (UBA) bonavenapablo@yahoo.com.ar

-I-

La presencia persistencia de la guerra tanto en el pasado como en la actualidad no la convirtió, empero, en un tema relevante para el análisis sociológico. Llamativamente la sociología se ocupó de las transformaciones que provoca, por ejemplo de sus consecuencias demográficas o las modificaciones en la composición de la fuerza de trabajo asalariada, pero soslaya las causas del conflicto y las características de su desenvolvimiento. Asimismo, en muchas oportunidades, el abordaje de los cambios que promueve se efectúa de manera escindida del conflicto que los genera como ocurre, por ejemplo, con varias explicaciones acerca de la ampliación de la ciudadanía a la salida de la Gran Guerra. Las diferentes sociedades o culturas invierten gran cantidad de su capacidad y esfuerzo para guerrear, pero la sociología no toma la cuestión como una preocupación preponderante, y suele prestar atención a temas con menor peso en comparación con la reconocible incidencia social del fenómeno bélico, impronta que requiere alguna explicación. Inclusive, son varios los diagnósticos que resaltan no sólo el “olvido” de la guerra como objeto de análisis sociológico, sino que también de otras manifestaciones del conflicto social, aún de menos intensidad y violencia.¹

¹ Es contundente la coincidencia entre Bernard y Coser, a mediados de los '50, a la hora de advertir la desatención del conflicto social como temática en la sociología. Bernard, Jessie (1958); *La sociología del conflicto (investigaciones recientes)* México: UNAM. Coser, Lewis (1961); *Las funciones del conflicto social*. México: Fondo de Cultura Económica. La ausencia de la temática de la guerra fue resaltada por Gouldner, quien subrayó que “hay muchos estudios sociológicos sobre la discordia familiar y aun sobre las tensiones industriales”, pero “son escasos los estudios sociológicos sobre las relaciones internacionales, la paz y la guerra”, y para cerciorar sus dichos señala que examinó veinticinco libros de introducción a la sociología publicados entre los años 1945 y 1954 y encontró que de las 17.000 páginas de esas obras sólo 275 contenían referencias a la guerra. Gouldner, Alvin W. (1979); *La sociología actual: renovación y crítica*. Madrid:

Desentrañar las causas de la omisión señalada nos obliga a conjugar distintos factores complejos. Una de los motivos importantes se asienta en la mala relación que mantuvo la sociología desde su génesis con el marxismo.² El objetivo aquí no es reseñar todas las probables causas; particularmente nos interesa recalcar que en la conformación de la sociología como disciplina científica confluyeron distintas vertientes del pensamiento social que dejaron una traza fuerte para su desarrollo.³ Entre ellas, la cosmovisión del liberalismo ocupó un lugar central y aquí acaparará nuestra atención por conjeturar que brindó algunos andariveles dentro de los cuales transitó, y transita, la sociología.

El pensamiento liberal desde su umbral conecta la guerra con la aristocracia y el despotismo considerándola, por eso, antitética desde su lógica con la república y las relaciones sociales propias de la sociedad hegemónica por la compra y venta de mercancías.⁴ Según su enfoque histórico, los conflictos violentos y la guerra corresponden a etapas caducas de la humanidad, anteriores a las enunciaciones de la filosofía de la Ilustración. El liberalismo asociaba el modo de producción capitalista con la idea de una sociedad pacificada, clima de convivencia que se obtendría a partir de una acompasada mengua de la violencia, que abría la posibilidad de pensar en acercarse a la utopía de Immanuel Kant sobre de la “paz perpetua”.⁵ La consolidación de las formas republicanas de gobierno, más los acuerdos entre las naciones para sostener y amplificar los mercados y favorecer el juego comercial, eran apreciados como una tangible garantía para una convivencia pacífica. En efecto, en la medida en que se expandía el libre comercio y las relaciones capitalistas visualizaban el inequívoco menoscabo del poder armado heredado

Alianza Editorial; páginas página 345 y nota 3 de las páginas 345 y 346. Tiryakian, con la misma inquietud efectuó una exhaustiva exploración en la misma dirección analizando los *Annual Review of Sociology*; concluyó que la guerra es un tema “legítimamente sociológico, pero tristemente olvidado”. Tiryakian, Edward A.; “La guerra: la cara oculta de la modernidad”; en Beriain, Jostexo compilador (2004); *Modernidad y violencia colectiva*. Madrid: CIS; página 63. Joas también afirma que la violencia, las relaciones entre los entre los Estados no son parte del “corpus de investigación de las Ciencias Sociales”, por eso la guerra es “la cara oculta de la modernidad.” Joas, Hans (2005); *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX*. Barcelona: Ediciones Paidós; página 47.

² Junto con Flabián Nieves presentamos algunas consideraciones de los primeros sociólogos frente al marxismo en el libro *Guerra: modernidad y contramodernidad*. Buenos Aires: Editorial Final Abierto. 2015. Capítulo I. También ofrecemos en este capítulo un breve recorrido por los sociólogos que son una excepción a la tendencia mencionada.

³ Véase al respecto, Zeitlin, Inving (2004); *Ideología y teoría sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu. Partes I y II.

⁴ Joas, H.; op cit; páginas 48 y 49.

⁵ Kant, Immanuel (2011); *Sobre la paz perpetua*. Madrid: Akal. Esta obra es del año 1795.

del antiguo régimen. En el nuevo tiempo histórico y su espacialidad, el mercado, la destreza militar se quedaba sin una personificación social que la sustentara. Más tarde o más temprano, la guerra no encontraría guerreros y así se acabarían sus prácticas, adjetivadas como nocivas e inmorales a la luz del progreso social. En el lugar de los combatientes los liberales saludaban el creciente protagonismo social de nuevas capas sociales promotoras del libre intercambio de mercancías, el progreso y la modernización. Para los flamantes actores, especulaban, los conflictos bélicos eran un mal negocio por la destrucción que provocaban. Adam Smith fundamentaba su toma de distancia respecto a la conveniencia de la guerra con un cálculo implacable: los gastos militares aumentan exponencialmente con el uso de las armas de fuego. La preocupación por los costos, en definitiva, hace a la esencia de todo buen empresario y era de esperar que la burguesía desista, por ende, de cualquier emprendimiento militar. Su tesis, amparada en estos argumentos, sonaba contundente: “a medida que la sociedad avanza, las gentes dejan de ser belicosas”.⁶ Preceptos morales y cálculos pecuniarios limaban los estímulos y apetitos para batallar.

Tradicionalmente, antes de la consolidación del entramado social auspiciado por el mercado, la beligerancia era ponderada como una actividad que traía gloria y heroísmo a los que la practicaban.⁷ Pero tal percepción mutó. Samuel Gregg afirma que para los promotores de la concepción liberal el robustecimiento del mercado capitalista, por el contrario, inculcaba el valor de la paz, por eso demandaba “que las personas se abstengan de usar la violencia para el logro de sus metas”. Desde este ángulo la guerra era vista como la ruptura del “comercio libre, la formación de enlaces comerciales y el bienestar material general de la sociedad”, planteos que tienen anclaje también en una tesis de Adam Smith, quien consideraba una “falsa noción de que lo que uno gana es siempre la pérdida de otro”.

⁶ Smith, Adam (2008); *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica; página 619. Sobre la relación entre la “codicia” y el comercio en Adam Smith, que la transforma en “un efecto civilizador”, véase Heilbroner, Robert L.; *Naturaleza y lógica del capitalismo*. Barcelona: Siglo XXI; página 96. En la misma página, nota 5, este autor sugiere traducir la expresión “dulce comercio” como “gentil comercio”. Sobre una mirada crítica a las limitaciones del discurso sobre el vínculo entre virtud y comercio, que incluye una supuesta mirada ambivalente sobre el tema de Adam Smith, véase de Castrillón, Alberto (2013); “Mercado y virtud o cómo complicar la economía. A propósito de las pasiones y los intereses, de Albert Hirschman”; en *Revista de Economía Institucional*. Volumen 15. Nro. 28 Bogotá; páginas 89 a 91. Texto de referencia: Hirschman, Albert O. (1999); *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo*. Barcelona: Ediciones Península.

⁷ Véase este argumento en Veblen, Thorstein (2005); *Teoría de la clase ociosa*. México: Fondo de Cultura Económica; página 22.

Justamente, parte del cuestionamiento esgrimido por Adam Smith a las prácticas mercantilistas de su época embate contra un supuesto: “lo que un país gana sólo puede ser a costa de otras que pierden”. Tal razonamiento, argumentaba el notable pensador de Glasgow, beneficiaba las actitudes pendencieras de unos países contra otros, en la pugna para controlar territorios y ganar derechos.⁸ En antibelicista Norman Angell, que en 1933 recibió el Premio Nobel de la Paz, tal vez fue el máximo referente que prolongó, en los albores del siglo XX, esta mirada liberal que concibe a la guerra como la mayor amenaza a la salud económica que promueve la moderna sociedad industrial, aunque en realidad sostenía que la guerra no le convenía a nadie.⁹ En el ámbito de la sociología, por ejemplo, Veblen trató de propalar la idea que concibe al comercio como la “llave” para lograr la paz.¹⁰ Ambos detentaban un optimismo que se resquebrajó durante la Primera Guerra Mundial. La confianza, por ejemplo, retornó con la pluma de Joseph Schumpeter, cuando publicó en 1919 su trabajo *Imperialismo y clases sociales*, donde insistió con “las posibilidades pacíficas y racionales del capitalismo frente a los nacionalismo belicosos y militaristas que acababan de ensangrentar el mundo. La «disposición pacífica», que según él despierta el mercado en quienes entran en liza dentro de él desplaza y desplazará la

⁸ Una gran porción de este párrafo está construido en base a Gregg, Samuel (2007); *The Commercial Society. Foundations and Challenges in a Global Age (Studies in Ethics and Economics)*. Lexington Books. Lanham, Maryland. Las citas textuales también son las utilizadas por Gregg para darle andamiaje a su argumentación.

⁹ “Poco antes de la Primera Guerra Mundial, Angell adujo que la guerra en la era industrial se había vuelto un anacronismo sin provecho. La futilidad económica del poder militar, declaraba, había sido ampliamente demostrada por la historia reciente, que demostraba que aun cuando la victoria en la guerra parece en primera instancia traer consigo sustanciales ganancias económicas, tales apariencias son erróneas e ilusorias. Casi todos pensaban que los alemanes habían cosechado una ventaja de la enorme indemnización que Francia se vio forzada a pagar después de ser derrotada en la Guerra Franco-Prusiana de 1870 a 1871, pero, aducía Angell, la indemnización de hecho provocó una inflación que perjudicó a la economía alemana. Ninguna nación, seguía diciendo, puede mejorar genuinamente su posición económica, ya sea a través de la guerra o a través de operativos imperialistas que involucran «costosos preparativos de defensa militar». Angell estaba convencido de que «los factores que realmente constituyen la prosperidad no tienen la más remota conexión con la potencia militar o naval, a pesar de toda nuestra jerga política». Dougherty, James E.; Pfaltzgraff, Robert L.; Piña, Cristina (1993); *Teorías en pugna en las Relaciones Internacionales*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano; Capítulo 5: “Las viejas teorías del conflicto”; página 211. Referencias: Angell, Norman (1910); *The Great Illusion: A Study of the Relation of Military Power to National Advantage*. Putnam's. Nueva York, page 71. En español, Angell, Norman (1945); *La grande Ilusión*. Buenos Aires: Enrique Santiago Rueda Editor. Véase, también, Hallett Carr, Edward (2004); *La Crisis de los veinte años (1919-1939): una introducción al estudio de las relaciones internacionales*. Madrid: Los Libros de la Catarata; página 65.

¹⁰ Bonavena, Pablo; “Notas sobre la sociología de Thorstein Veblen y algunas aristas de su relación con el conflicto social, la guerra y la paz”; en *Revista Electrónica Conflicto Social. Publicación del Programa de Investigación sobre Conflicto Social*. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Volumen 7. Nro. 11. Enero 2014 a Junio 2014; página 197.

ferocidad militar que es legado propio de los tiempos pretéritos”.¹¹ Como vemos, el viejo planteo liberal tiene una alta capacidad de resiliencia.

Las premisas del pensamiento liberal fueron impresas de manera diferente en los escritos inaugurales de la sociología a partir de la construcción de una ideología industrialista, como corolario de la fe en el progreso humano: “A fines del siglo XVIII, los liberales estaban convencidos de haber alcanzado un sistema completo y regular de libertad. Pensaban que ese orden natural había sido alcanzado gracias a las bondades de la razón, al comercio, a la industria y a los progresos científicos”.¹² Estos fundamentos fueron inoculados en la sociología inicial. En efecto, con matices, estas “bondades” se entrelazan en Saint Simón, Comte y Spencer. No obstante, sería una desprolijidad asimilar de manera mecánica el industrialismo liberal clásico con el de los nacientes sociólogos, pero la presencia de una sucesión es obvia. Tampoco hay que confundir la concepción industrialista de uno con la del otro, pero las reconocidas diferentes posturas del trío se desvanecen cuando presentan su concepción sobre la guerra, que fue localizada de manera unánime en correspondencia a una fase histórica que debía ser superada. Esta “apropiación” de principios liberales, sin embargo, no es directa y tiene varias vicisitudes,¹³ pero los tres sentenciaron, cada uno desde su sesgo, que el militarismo resultaría sepultado por el progreso industrial. Montesquieu, quien sentara los pilares de la sociología donde abrevaron los mencionados pioneros,¹⁴ un tiempo antes bosquejó en *El espíritu de las leyes* la tesis afirmando que “el libre comercio atempera las pasiones, evita la guerra, facilita el encuentro entre los pueblos,

¹¹ Giner, S.; *Teoría sociológica...*; op cit; página 162. Schumpeter opina: “Podemos afirmar como algo ampliamente reconocido que donde prevalece el libre comercio ninguna clase tiene interés en una expansión por la fuerza en sí”. Schumpeter, J. A.; Estapé, F.; Hoselitz, B. F. y Girbau, V. (1986); *Imperialismo*. Madrid: Tecnos; página 335.

¹² Quintanilla Obregón, Lourdes (1996); “Benjamín Constant: el gran teatro de la política”; en *Revista Estudios Políticos*. Nro. 11. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y Centro de Estudios Políticos. Universidad Nacional Autónoma de México. México D.F. Abril/Junio; página 164.

¹³ No está de más repetir que la existencia de un vínculo no significa que el mismo sea lineal. Por ejemplo, aunque Saint Simon recupera algunos de sus argumentos, pone distancia ente el liberalismo y el industrialismo. *Apéndice del Catecismo de los industriales*; versión compilada por Ionescu, Ghita (2005); *El pensamiento político de Saint-Simon. Edición, selección e introducción*. México: Fondo de Cultura Económica; páginas 267 a 273. Sobre las diferencias entre Saint Simon y el pensamiento liberal véase de Anzart, Pierre; (1972); *Sociología de Saint-Simon*. Barcelona: Península; “Introducción”; página 6.

¹⁴ Durkheim, Emilio (2001); *Montesquieu y Rousseau. Precursores de la sociología*. Madrid: Miño y Avila; página 19. Sobre la localización de Montesquieu como fundador de la sociología, véase de Raymond, Aron (2004); *Las etapas del pensamiento sociológico: Montesquieu, Comte, Marx, Tocqueville*. Madrid: Ediciones Siglo XX; Tomo I; página 25.

y favorece la paz”.¹⁵ Montesquieu nominó al “espíritu de comercio” como “dulce comercio”, que reemplazaría del lugar hegemónico al “espíritu de conquista”.¹⁶ “La paz es el efecto natural del comercio”, escribió el filósofo francés y agregó: “Dos naciones que comercian entre sí se tornan recíprocamente dependientes; porque si una tiene interés en comprar la otra lo tiene en vender; y así su unión se fundamenta en sus necesidades mutuas”. Alexis de Tocqueville, subrayó de igual la manera que el comercio socava los incentivos para la guerra, y enumeró las causas que concurren “para reducir el fervor guerrero”.¹⁷ Aquellos que continuaron el trabajo de Montesquieu en la búsqueda de construir una ciencia de la sociedad, transfirieron a la industria las cualidades asignadas por él y por el pensamiento liberal al comercio: hicieron el pasaje del “gentil comercio” al “dulce industrialismo”.¹⁸

¹⁵ Álvarez Uría, Fernando y Varela, Julia (2004); *Sociología, capitalismo y democracia*. Madrid: Morata; página 54.

¹⁶ Participaba del intento de “proponer el «espíritu de comercio» frente al «espíritu de conquista», en la terminología pionera del francés J. F. Melon en su *Ensayo político sobre el comercio* de 1734, idea que remite originalmente a Pufendorf, y que, en manos de Gournay y, más conocidamente, de Montesquieu, daría lugar a la formulación del «dulce comercio» como principio rector de las relaciones humanas, en detrimento del poder basado en la fuerza. Frente al noble militar, se erige la «nobleza comerciante» patentada por el también francés Coyer (refiere a Coyer, Abbé -Gabriel François- y su obra *La noblesse commercante* de 1756), por reducir la cuestión a una seña emblemática de la época y que constituyó un asunto fundamental en el debate social y político de la intelectualidad europea”. Usoz, Javier (2011); “La «nueva política» ilustrada y la esfera pública: Las introducciones a la economía en el siglo XVIII español”; en *Revista de Estudios Políticos* (nueva época). Nro. 153. Madrid, julio-septiembre; página 15. Sobre la aportación de Montesquieu al debate “espíritu de conquista” versus “espíritu de comercio”, Usoz propone ver de Hirschman, A. O.; op cit; páginas 70 a 80.

¹⁷ Los argumentos del párrafo y las referencias a Montesquieu y Tocqueville corresponde a Gregg, S.; op cit.

¹⁸ El liberalismo, por otra parte, no fue inmune al encuentro con los precursores de la sociología: “El positivismo, sobre todo el sociológico, y el historicismo fueron las dos grandes corrientes ideológicas que sustituyeron al iusnaturalismo revolucionario. Merced a la influencia de ambas la propensión del liberalismo dieciochesco a las abstracciones y a las generalizaciones fue cediendo paso a un liberalismo mucho más realista, preocupado por el examen pormenorizado de los hechos sociales, e incluso dispuesto a exaltar las diferencias nacionales. Si en las *Lecciones sobre Filosofía de la Historia Universal*, dictadas en la segunda década del pasado siglo, Hegel había podido decir, refiriéndose al liberalismo de 1789, que «frente a lo concreto» el liberalismo había sufrido «la bancarrota en todas partes», no cabe duda de que de esa bancarrota se recuperó a partir de la derrota de Napoleón - aunque el proceso de cambio, como ya queda dicho, hubiese comenzado antes- y fue «lo abstracto» precisamente lo que comenzó a entrar en crisis. El positivismo sociológico, cuyos principales heraldos eran Augusto Comte y el Conde de Saint-Simon, permea la teoría constitucional postnapoleónica, que insiste en adecuar el Estado a la realidad social. Desde este nuevo punto de partida Benjamín Constant combatirá la filosofía política de Rousseau heredera, a su juicio, del absolutismo hobbesiano. Constant llega a calificar al Contrato Social- «invocado tan a menudo en favor de la libertad»- como «el más terrible auxiliar de todo tipo de despotismo». El principio de soberanía popular resultaba aceptable, a su juicio, sólo si por tal se entendía «la supremacía de la voluntad general sobre toda voluntad particular». Pero, incluso así concebida, la soberanía debía estar sometida a unos límites infranqueables: los derechos civiles o individuales, en los que se condensaba el núcleo de la libertad moderna, mientras los derechos políticos formaban el núcleo de la libertad antigua”. Suanzes Carpegna, Joaquín Varela (1992); “El liberalismo francés después de Napoleón (de la anglofobia a la anglofilia)”; en *Revista de*

-II-

Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint Simon, ubicó en el centro de sus reflexiones, desde el año 1816, la extendida tesis que reconocía el “predominio de los fenómenos económicos en las sociedades modernas”, proposición de tinte liberal, en una etapa donde su trabajo intelectual y político se orientó a lo que nominó la “gran revolución europea”, caracterizada por el advenimiento de la sociedad industrial.¹⁹ Alumno de la Escuela Politécnica y de la Escuela de Medicina, pronosticó que las clases sociales laboriosas, por ende útiles, desalojarían de los lugares sociales preponderantes a los militares, al clero y demás sectores ociosos. El correlato de este desplazamiento generaría un orden social donde de manera ineludible el trabajo ocuparía el lugar que otrora poseía la guerra. La superación de la sociedad militar y las clases parasitarias, dejaría así un lugar de preeminencia a los científicos y los industriales. Reconocía que la ley del más fuerte fue el fundamento y la base del pasado de la sociedad, pero la ley del trabajo era la que concernía a la sociedad industrial.²⁰ Desde esta matriz con antecedentes liberales, insisto, decía que la actividad industrial, asociada al comercio, era enemiga de la guerra. En *La industria* (1816/17) afirmaba que “todo lo que se gana en valor industrial se pierde en calidad militar”.²¹ El industrialismo de Saint Simón encuentra uno de sus transcendentales antecedentes en el movimiento enciclopedista francés, que con la dirección Denis Diderot y Jean Le Rond d’Alembert plasmó su trabajo intelectual en la *L’Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, editado entre los años 1751 y 1772. El comercio fue caracterizado por este movimiento como un medio capaz de garantizar la cohesión social, y el industrialismo cumplía el mismo fin: “no era una oportunidad para el consenso, sino el consenso mismo”.²² También tiene el ascendente de

Estudios Políticos. Nro. 76. Madrid; página 34. Bibliografía de referencia: Constant, Benjamin (1957); *Oeuvres*. Francia: Bibliothèque de la Pléiade (Edición presentada y anotada por Alfred Roulin). Gallimard, Paris. Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (1980); *Lecciones sobre Filosofía de la Historia Universal*. Madrid: Alianza Editorial; página 691.

¹⁹ Ansart, P.; op cit; “Introducción”; página 4.

²⁰ Saint Simon, Henri; “El liberalismo y el industrialismo”. Ionescu, G.; op cit.

²¹ Bouthoul, Gaston (1984); *Tratado de polemología*. Madrid: Ediciones Ejército; página 181.

²² Cortés García, Francisco Joaquín (2006); *La École Polytechnique y la bifurcación ideológica en occidente*. España: Universidad Almería; página 128. En la página anterior, este autor dice: “La paz social saint-simoniana, como la propia concepción de la paz de los pensadores clásicos de la economía política, en el fondo radicaba en el buen funcionamiento de un gran mecanismo relojero. El éxito social del progreso tecnológico radicaba en la búsqueda de los equilibrios *mecánicos* y *vectoriales* que garantizaban la propia paz

la *École Polytechnique* que, a su vez, recibe la influencia del propio Saint Simon, en una retroalimentación apasionante.²³ Aron afirma que Saint Simon “como observador atento de la revolución industrial que estaba sucediendo ante sus ojos, comprendió que iba a cambiar por completo todas las relaciones sociales existentes. Hasta ahora, habíamos vivido en las sociedades militares: el hombre actúa sobre el hombre, y el poder pertenecía a la clase guerrera. A partir de entonces, el comercio reemplazaría la guerra, y el hombre se referiría principalmente a sí mismo con que actúa sobre la naturaleza”.²⁴ Liberalismo, comercio e industria (que nutre el intercambio de mercancías), se entretienen en Saint Simón con otras dimensiones que, incluso, colisionan con las premisas filosóficas del liberalismo.²⁵ Sin embargo, desde su égida, “junto a Charles Dunoyer y Charles Comte argumentaron que el trabajo y la producción podría curar los males de Francia” y formularon lo que Mary Pickering llama “la doctrina liberal del industrialismo”.²⁶

social y determinaban un resultado armónico y orgánico (la taumaturgia mecánica de Smith se convierte en los politécnicos en una feraz taumaturgia orgánica)”. Op cit; página 127.

²³ “Si bien los antecedentes institucionales de la *École Polytechnique* se pueden determinar con suficiente exactitud a lo largo del Antiguo Régimen, y en concreto en la segunda mitad del siglo XVIII, los antecedentes culturales de la misma son de naturaleza mucho más difusa y dispersa, estando ligados obviamente a la configuración y evolución histórica del papel del ingeniero en las sociedades occidentales post-feudales. Podemos partir, en este sentido, y haciendo una sumarisísima, y en ningún caso exhaustiva, sinopsis histórica, del periodo renacentista, considerado como una época histórica excepcional para el desarrollo de la ingeniería moderna, y a lo largo de la cual empieza a consolidarse de forma notoria la profesión del ingeniero humanista que dará lugar más tarde, a partir de finales del siglo XVIII, y con la gran coartada de la Revolución industrial y económico-productiva que acontecerá en Inglaterra, al ingeniero de Estado y al ingeniero social que caracterizará de forma inequívoca a la *École Polytechnique*, al pensamiento politécnico, y, en concreto, a los pensamientos respectivos del conde de Saint-Simon y de Auguste Comte (el ingeniero filósofo/estadista)”. Cortés García, Francisco Joaquín (2014); “Infraestructura y redes en el pensamiento de los científicos y sociólogos politécnicos”; en *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*. Volumen XIX. Nro. 1066. Universidad de Barcelona. España.

²⁴ Aron, Raymond (1959); *La société industrielle et la guerre*. Paris: Plon.

²⁵ Véase cita 14 de esta ponencia. Sheldon Wollin registra puntos de confluencia entre el saintsimonismo y el liberalismo doctrinario: “el problema de la organización, es, junto con el de la comunidad, el problema central del siglo XIX, y ello es el resultado no sólo de la Revolución sino también de los importantes cambios operados en materia científica e industrial”. Wollin, Sheldon (2001); *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*. Buenos Aires: Amorrortu; página 421. Desde una perspectiva distinta, la proximidad entre el liberalismo y el saintsimonismo también es observada por Bénichou, Paul (1984); *El tiempo de los profetas*. México: Fondo de Cultura Económica; página 354. Véase sobre el tema, Galfione, María Carla (2010); “Entre "totalitarismos" y "utopías": Lecturas del pensamiento político del siglo XIX”; en *Revista Tópicos*. Nro. 20. Diciembre. Universidad Católica de Santa Fé. Argentina.

²⁶ Rosenblatt, Helena (2004); “Re-evaluating Benjamin Constant’s liberalism: industrialism, Saint-Simonianism and the Restoration years”; in *History of European Ideas*. Nro. 30. Journal – Elsevier; page 26. Referencia: Pickering, Mary (1993); Auguste Comte. *An Intellectual Biography*. Volumen I. Cambridge: Cambridge University Press, page 96.

Augusto Comte cinceló su teoría reflexionando con la misma orientación y con gran parte de sus supuestos. Fue alumno de la Escuela Politécnica de París, y tuvo un fuerte compromiso con su orientación filosófica, hasta que fue expulsado con el retorno de los Borbones que exigieron una fidelidad a su doctrina, postura que colisionó con el pensamiento de Comte de aquel momento.²⁷ Coincide con los liberales “que por definición la producción se ajusta a los intereses generales y es una ley de la sociedad industrial, el desarrollo de la riqueza que conduce inevitablemente a la armonía de intereses”.²⁸ Con un horizonte de consenso social, en su trabajo *Filosofía Positiva* (1830-1842) juzgó que la consolidación de la humanidad sobre la animalidad se plasmaba en el relevo de la actividad militar. En muchos pasajes de sus obras compara a la sociedad militar con la sociedad industrial para mostrar sus diferencias sustantivas, pregonando “la sustitución de la guerra por una industria pacífica”.²⁹ La antítesis “de la civilización militar y la civilización del trabajo, del espíritu de conquista y el espíritu de la industria, se proyectó por Comte en la historia, el primero en la antigüedad y el segundo en los tiempos modernos”.³⁰ Así, Comte avizoraba una “inevitable tendencia primitiva de la humanidad a una vida principalmente militar” pero, con optimismo, auspiciaba sin titubear que “su destino final” sería indefectiblemente “esencialmente industrial”.³¹ Como Saint Simón, postuló al sistema industrial como la negación del “orden guerrero”, y alcanzado este estadio histórico conjeturaba que la paz se imponía por sí sola con el auspicio de la industria.³²

²⁷ Giner, Salvador (2001); *Teoría sociológica clásica*. Ariel: Barcelona; página 57.

²⁸ Forte, Miguel Ángel; *Sociología, sociedad y política en Augusto Comte*. EUDEBA. Buenos Aires; página 127. Las coincidencias con el pensamiento liberal, como ocurre con Saint Simon, no excluyen fuertes diferencias. Véase en este mismo libro, páginas 126 a 134.

²⁹ Marvin, Francis Sydney (1978); *Comte*. Fondo de Cultura Económica. México; páginas 82 y 83. “El progreso total de las sociedades se explica, en tanto enlaza las diferentes ramas de la actividad humana a sus condiciones ideológicas. Así, el sistema social correspondiente al estadio teológico es el régimen militar. Para Comte, el hombre dispone de dos tipos generales de actividad: la guerra y el trabajo, pero la producción industrial necesita un conjunto de condiciones que no son compatibles con el pensamiento teológico. Las sociedades teológicas son esencialmente militares. La evolución consiste en pasar del tipo guerrero al tipo industrial, siempre pensando en la evolución paralela material e intelectual. Por lo tanto, la institución de la sociedad y política positiva, marca el triunfo de la actividad industrial y la declinación definitiva del régimen militar. Mientras que entre los períodos teológico/militar, industrial/positivo hay un período de disgregación intelectual que constituye la transición metafísica”. Forte, Miguel Ángel; “Comte: La utopía del orden”; en *Revista Electrónica Conflicto Social. Publicación del Programa de Investigación sobre Conflicto Social*. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Año 1. Nro. 0. Noviembre de 2008; página 9.

³⁰ Aron, Raymond (1958); *War and Industrial Society*. Oxford: Oxford University Press; page 7.

³¹ Comte, Augusto; *Curso de Filosofía Positiva*. Buenos Aires: Aguilar Editor; página 86.

³² Giner, S.; *Teoría sociológica...*; op cit; página 68.

Spencer del mismo modo percibía la evolución social como el pasaje pausado de la sociedad militar primitiva de cooperación obligatoria, a la sociedad industrial con predominio de la cooperación voluntaria. Entendía que en la sociedad militar la cooperación comprende a todos los miembros de la sociedad y tiene como colofón la guerra; la participación de cada individuo era obligada por un sistema rígido, jerárquico, fuertemente estatal y despótico. La sociedad industrial, en cambio, exponía claros contrastes respecto de su antecesora: carecía de gobiernos abusivos, la cooperación emanaba de la voluntad del individuo y la forma jurídica preponderante era el contrato.³³ Consideraba a la guerra tan incompatible con la sociedad industrial como la paz con la sociedad de corte militar. Por ende, la persistencia de la actividad bélica en la sociedad industrial simbolizaría un retroceso en el proceso de la civilización.³⁴ En sintonía con esta formulación, la concepción del librecambio en Spencer, asimismo, no contiene los elementos contenciosos del tipo de sociedad que sucumbía por efectos del avance de la sociedad moderna.³⁵

Vemos que el marco epistémico forjado por los primeros sociólogos tiene correspondencia, no sin vericuetos, con proposiciones del pensamiento liberal y desde los pioneros se fue

³³ Timasheff, Nicholas S.; *La teoría sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica; página 59. Ayala, Francisco (1947); *Historia de la Sociología*. Buenos Aires: Losada; página 78.

³⁴ Bouthoul, G.; *op. cit.*; página 184.

³⁵ “La libertad de intercambiar su propiedad por la propiedad de otros está manifiestamente incluida en la libertad general de un hombre. Al reclamar a ésta como su derecho no transgrede en manera alguna el límite apropiado puesto a su esfera de acción por las iguales esferas de acción de otros. [...] Posiblemente se dirá que, en casos donde varios hombres desean tratar con el mismo hombre y finalmente se alcanza un arreglo entre él y uno de ellos, el resto está excluido por este evento de cierto campo potencial para la satisfacción de sus deseos, el cual estaba previamente abierto para ellos; y que, en consecuencia, han visto disminuida su libertad de ejercitar sus facultades por el éxito de su competidor. Esta, sin embargo, es una visión distorsionada del asunto. Retornemos por un momento a los primeros principios. ¿Qué es lo que tenemos que hacer? Tenemos que dividir, igualmente entre todos los hombres, la totalidad de aquella libertad que permiten las condiciones de la existencia social. Obsérvese, entonces, con respecto a las relaciones comerciales, cuánto queda para la porción de cada uno. Evidentemente, cada uno es libre de ofrecer, cada uno es libre de aceptar, cada uno es libre de rehusarse, pues cada uno puede hacer estas cosas en cualquier medida sin impedir que sus vecinos hagan lo mismo en la misma medida y al mismo tiempo. Pero nadie puede hacer más: nadie puede forzar a otro a desprenderse de sus bienes, nadie puede forzar a otro a aceptar un precio especificado; pues nadie puede hacerlo sin asumir más libertad de acción que el hombre a quien trata de esta manera. Si, por lo tanto, cada uno tiene derecho a ofrecer, aceptar y rehusarse, pero a hacer nada más, es claro que, bajo las circunstancias presentadas, el cierre de un acuerdo entre dos de las partes no implica violación alguna de los derechos de los decepcionados, visto que cada uno de éstos continúa tan libre como siempre de ofrecer, aceptar y rehusarse”. Spencer, Herbert (1850); *Social Statics, or The Conditions essential to Happiness specified, and the First of them Developed*. Párrafo extraído de Thomsen, Esteban Compilador (1989); “Selección de Escritos de Herbert Spencer”; en *Estudios Públicos. Revista de Políticas Públicas*. Nº 36. Publicación del Centro de Estudios Públicos. Santiago, Chile.

irradiando hacia la sociología posterior, perspectiva que seguramente cooperó en convertir a la guerra, de manera paradójica la actividad humana que con más impacto se replica, en un objeto sociológico marginal o inobservado. La prolongación de sus premisas se demuestra, por ejemplo, en la teoría de la modernización en el siglo XX, que en una de sus hipótesis principales vaticina una evolución sosegada de la sociedad a hacia un futuro pacífico, y la identificación de la prosperidad con la expansión de la industria. Los “efectos pacificadores del libre comercio” que profetizaba Adam Smith, tesis consolidada por Adam Ferguson y Jean Baptiste Say, encontraron nuevos adláteres bajo la cobertura de un optimismo basado en el desarrollo industrial.³⁶ Así, las primeras páginas de la teoría sociológica urden una perspectiva normativa apoyada en una idea de paz, que licúo la gravitación de la guerra como hecho social. Este planteo se engrosa con la tesis de Werner Sombart, quien fundamenta que los verdaderos creadores de la sociología fueron los moralistas escoceses de la segunda mitad del XVIII, y su herencia se vislumbra tanto en los sociólogos del siglo XIX, como en el desarrollo posterior de la disciplina.³⁷

-III-

Son muchas las páginas escritas para caracterizar el pensamiento de Henri Benjamín Constant de Rebecque (nacido el 25 de octubre de 1767 en Lausana, Suiza, y fallecido el 8 de diciembre de 1830 en París). Tiene reconocida relevancia en distintas áreas del conocimiento, pero sin duda es dentro de la filosofía política donde encuentra mayor presencia, como miembro del “espacio mental del liberalismo”.³⁸ Uno de las aportaciones

³⁶ Joas, Hans; op cit; página 68. Véase de Bonavena, Pablo; “Lo extraordinario y lo normal en las teorías sociológicas: consideraciones sobre la relación entre sociología y guerra”; en *Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales* 5/6. Buenos Aires: Prometeo Libros; diciembre de 2010. Departamento de Sociología. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.

³⁷ Sombart, Werner; “Los comienzos de la Sociología”, en *Noosociología*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1962, páginas 17 a 43. Citado por Luis Rodríguez-Zúñiga, que considera el planteo tan sesgado como la atribución del origen de la sociología manera exclusiva al positivismo; no obstante, piensa que “Ferguson o Adam Smith son, ciertamente, fundamentales” para explicar su génesis. “El modo de pensar sociológico y el pensamiento social tradicional”; en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. Nro. 54 de 1991. Madrid; página 201.

³⁸ Esta expresión corresponde a Fernández Parmo, Guido; “Las ideas políticas”; en Álvarez, Ricardo compilador; *El pensamiento europeo en el siglo XIX*. Buenos Aires: Prometeo; página 46. Para sopesar la proyección de su obra, es interesante advertir que la formulación del término “art pour l’art”, acuñada en sus diarios en febrero de 1804, lo instaló dentro de los debates estéticos. Véase, Gelman Constantin, Francisco (2013); “Un episodio del pensamiento francés de la autonomía. Benjamin Constant y las idées très ingénieuses”; en *Revista Lingue e Linguaggi*. Volumen 10. Italia: Universidad de Salento. También ocupó un lugar importante en la literatura de su época con su novela *Adolfo* de 1816. Véase una referencia a la obra de

más importantes se le reconoce en la formulación de su teoría sobre el “poder neutro”, muy relevante dentro de la teoría constitucional.³⁹ Todorov registra la influencia que recibió de Mostequeiu y ve en él un “filósofo brillante y original y un científico político”, cuya obra “se vio ensombrecida por Tocqueville a pesar de su actualidad y pertinencia para hoy”. Sin embargo, Todorov no sólo distingue méritos en los escritos de Constant; también señala sus limitaciones. Lo sitúa como “el primer analista francés de la democracia en el sentido más amplio”, pero reconoce al mismo tiempo que era “un observador modesto y poco sistemático que intentó establecer la política como la garantía de la dignidad individual sin disolverse los vínculos sociales, la religión como una elección libre más allá de la opresión, y el amor como el más alto de todos los sentimientos, más alto que «todos los tronos de la Tierra»”.⁴⁰ Bobbio lo retrata como un “liberal impenitente”; por otro lado, al estilo de Frédéric Bastiat o Jean Batista Say fue calificado un “liberal optimista”; Emile Faguet, al revés, lo catalogó como “un liberal que no es optimista” y “escéptico dogmático”, con una “moralidad muy laxa”.⁴¹ En él se refleja un mentor de un “liberalismo de oposición”: “la posición política de fundamental de Constant es la oposición, su actitud intelectual es la crítica, y su arma la ironía”.⁴² También fue identificado como uno de los principales exponentes del “liberalismo doctrinario francés”.⁴³ Asimismo, es visto como un “anti-

Constant como escritor en relación al clima político de su tiempo en Burrow, John W. (2000); *La crisis de la razón. El pensamiento europeo 1848-1914*. España: Crítica; página 207. Es interesante seguir las reflexiones de Constant sobre la relación entre literatura y libertad. Considera que “sólo es válida una literatura independiente, concebida lejos del poder o en oposición a él”. *Le Mercure de France* de 1828. Citado por Sánchez Manzano, María Asunción (2015); *Retórica: Fundamentos del estilo narrativo en la novela romántica*. Berlín: Logos Verlag Berlín GmbH; página 173.

³⁹ Suanzes Carpegna, Joaquín Varela (2002); “Principios de Política y otros escritos de Constant”; en *Revista de Historia Constitucional*. Nro. 3. Junio. España: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales de Madrid. Seminario de Historia Constitucional Martínez Mariana; página 286.

⁴⁰ Todorov, Tzvetan (2007); *A Passion for Democracy: Benjamin Constant*. Algora Publishing: New York; page 63.

⁴¹ Faguet, Emile (1891); *Políticas y moralistas del siglo XIX*. Paris: Lecene, Oudin; página 185.

⁴² Manent, Pierre (1987); *Historial del pensamiento liberal*. Buenos Aires: Emecé Editores; páginas 207 y 191.

⁴³ Bobbio, Norberto (2009); *Teoría general de la política*. Madrid: Editorial Trotta; página 293. Solís, Luis Guillermo y Peña, Mercedes (1995); *Educación para la paz*. Costa Rica: EUNED. Jiménez Díaz, José Francisco (2008); “El liberalismo doctrinario: François Guizot, Pierre P. Royer-Collard, Benjamín Constant”; en Delgado Fernández, Santiago y Jiménez Díaz, José Francisco Coordinadores; *Introducción a la historia de las ideas políticas contemporáneas. Desde la Revolución Francesa a la Revolución Rusa*. España: Editorial Universidad de Granada. Véase, también, Roldán, Dario (2000); “Liberales y doctrinarios: acerca de la tradición liberal en Francia”, en *Revista de Occidente*. Nro. 232. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón. Campuzano, Alfonso de Julios (1997); *La dinámica de la libertad: tras las huellas del liberalismo*. España: Universidad de Sevilla; páginas 92 y 93. Consultar, también, Giner, Salvador (2013);

demócrata” y un anti-despótico simultáneamente, o como un exponente del “progresismo” o del “liberalismo libertario”. Michel Winock lo considera el portavoz del “liberalismo burgués”, y en sus escritos publicados en *La Minerve*, entre 1818 y 1820, “se impone como la voz de lo que nosotros llamaríamos en nuestros días la izquierda”.⁴⁴ Todas las miradas comparten, no obstante estas diferencias, una evaluación común respecto de su liberalismo, como “portador de un culto al individualismo extremo”.⁴⁵ No nos interesa aquí profundizar el debate acerca de su perfil liberal, ni ajustar una caracterización de su pensamiento general o de sus cambiantes alineamientos en cada coyuntura política que enfrentó. Debido a que aquí se pretende ubicarlo como un aporte a la construcción del clima intelectual que alimentó a la sociología en su nacimiento, sí es menester subrayar que en su etapa de estudiante conoció el pensamiento de la Ilustración escocesa, pues dejó en él una notable huella, y que luego de un peregrinar formándose por Bruselas, Erlangen y Edimburgo, a su vuelta a París se transformó en una referencia intelectual y política como “uno de los liberales más descollantes durante la monarquía constitucional del Luis XVIII”.⁴⁶ Los dos años de estadía en la Universidad de Edimburgo coincidieron con la aparición de la *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* del célebre Adam Smith, y es fácil percibir su influjo.⁴⁷

Nuestro interés en la obra de Constant aquí se sustenta específicamente en hacer visible su contribución a la construcción de la argamasa ideológica que proyecta al comercio y la industria como actividades antagónicas con la guerra, abriendo paso hacia la teoría del industrialismo de cuño sociológico. En este sendero, es importante destacar su idea de la historia y las etapas que diseña sobre el derrotero de la humanidad, habida cuenta de la presencia de este esquema de razonamiento en los primeros balbuceos de la sociología.

Historia del pensamiento social. España: Ariel; página 463. Caminal Badia, Miguel (1996); *Manual de Ciencia Política*. España: Universidad Autónoma de Barcelona; página 98.

⁴⁴ Winock, Michel (2004); *Las voces de la libertad*. España: Edhasa; páginas 81, 82 y 83.

⁴⁵ Díez del Corral, L. (1956); *El liberalismo doctrinario*. Madrid: Centro de Estudios Políticos; página 219. Citado por Casassas, David; *La ciudad en llamas. La vigencia del republicanismo comercial de Adam Smith*. España: Montesinos; página 102.

⁴⁶ Giner, S.; *Historia del...*, op cit; página 464. No obstante este reconocimiento, hay opiniones que ven en el conjunto de sus trabajos sólo una “doctrina incompleta”. De los Ríos, Fernando (1997); “Escritos guerra civil y exilio”; en *Obras Completas*. Volumen 5. España: Anthropos Editorial. Fundación Caja de Madrid-Barcelona; página 287.

⁴⁷ Arango, Iván Dario (2006); *Críticos y lectores de Rousseau*. Colombia: Universidad de Antioquía; página 84.

Constant arriba a la conclusión de que la naturaleza humana fue variable, cambiando en diferentes eras históricas.⁴⁸ Esgrime una filosofía de rasgos liberales “con una visión providencial del destino de la humanidad”, que periodiza a partir de un hito que considera crucial: la Revolución Francesa.⁴⁹ Organiza en torno a ese acontecimiento la evolución histórica de la civilización europea, diferenciando dos etapas: la “sociedad del tipo nobiliario” antes de 1789, y la “sociedad de los individuos” después de aquel crucial año.⁵⁰ Otro criterio se superpone con éste, sin entrar en contradicción, y lo encontramos en el momento que contrasta “su época” con la “antigüedad greco-latina”, temática que abordará posteriormente con detalle “en el célebre discurso pronunciado en el Ateneo Real de París en 1818”,⁵¹ titulado “*De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*”, que se convertiría luego en su trabajo más conocido y perdurable, y que sentó las bases de un debate que transitaría casi todo el siglo XIX.⁵² En algunas oportunidades, incluso, abordó cada etapa del desarrollo histórico con la dicotomía juventud/madurez (o ancianidad), que ubica en la línea del progreso de la “ilustración” o de la “especie

⁴⁸ Steven, Vincent (2001); *Benjamin Constant and the Birth of French Liberalism*. Palgrave MacMillan. USA; page 206.

⁴⁹ Véase de Bénichou, P.; op cit; página 365. “Sin duda es en Benjamin Constant donde la ambivalencia liberal frente al hecho revolucionario es más patente: por un lado, Constant está sin reservas en favor de la revolución y contra el antiguo régimen, aprueba no sólo sus principios sino hasta las últimas de sus medidas menos liberales; por ejemplo, durante el directorio Constant aprueba el Fructidor; por otro lado, Constant es un crítico en extremo penetrante y severo del «espíritu» o del «estilo» o de las «costumbres» de la política revolucionaria y luego imperial”; Manent, P.; op cit, página 191.

⁵⁰ Sánchez Mejía, María Luisa; “Estudio Preliminar: el despotismo en la época de los modernos”; en Constant, Benjamín (2008); *Del espíritu de conquista y de la usurpación*. Madrid: Editorial Tecnos; página XV.

⁵¹ Bobbio, Norberto (1993); *Liberalismo y democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.

⁵² “La controversia tuvo origen a partir de la emergencia de una noción de libertad que difería significativamente de aquella sostenida por quienes fueron denominados de ahí en más «antiguos». En este sentido, Benjamin Constant situaba frente a frente a dos de los pensadores políticos más importantes de la modernidad. Por un lado J. J. Rousseau, exponente claro de lo que Constant llama «la libertad de los antiguos» y, por el otro, J. Locke, padre del liberalismo y representante, al igual que el mismo Constant, de la «libertad de los modernos”. Vega, Guillermo Andrés; “La libertad como no-dominación en el republicanismo de P. Pettit. ¿Una alternativa real al credo liberal?”; en *Revista Estudios Ciencias Humanas. Estudios y monografías de los posgrados*. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional del Nordeste. Chaco; página 1. Véase, además, Giner, S.; *Historia del...*, op cit; página 464. En esta ponencia nuestra referencia a esta obra corresponde a la traducción de Constant, Benjamin (2013); *De la libertad de los antiguos comparada con la libertad de los modernos. Libertades*. *Revista de Derecho y Ciencias Sociales*. Nro. 3. Verano. Facultad de Derecho, Mazatlán. México: Universidad Autónoma de Sinaloa. Gran parte del contenido de este discurso está presente en *Del espíritu de conquista...*; Segunda Parte “De la usurpación”; capítulo VII. Un trabajo “clásico” sobre el tema es el de Berlin, Isaiah (1958); “Dos conceptos de libertad”; en *Libertad y necesidad en la historia*. *Revista de Occidente*, Madrid. Sobre los antecedentes del debate “popularizado” por Constant, véase de Burdeau, Georges (1983); *El liberalismo político*. Buenos Aires: Eudeba; página 132.

humana”.⁵³ Con esta perspectiva procuraba dotar a la historia de un sentido que vigorizara el análisis de la actualidad que le tocó vivir.

La búsqueda de la intersección entre guerra, comercio y desarrollo histórico nos lleva a su obra *Del espíritu de conquista y de la usurpación*.⁵⁴ Este escrito fue redactado en unos pocos días, premura que no le quitó resonancia, y apareció en Hannover el 25 de enero de 1814.⁵⁵ Contiene un cuestionamiento a la política militar expansionista de Napoleón, que Constant forjó buscando “colaborar en la formación de un espíritu público que secunde los nobles esfuerzos de los soberanos y los pueblos para la liberación de la raza humana”.⁵⁶ Argumentó que la revolución francesa había originado una época donde los individuos eran iguales ante la ley, sin otras diferencias que las emanadas de la fortuna y talento, etapa donde los hombres buscan únicamente disfrutar de la libertad y de su propiedad.⁵⁷ Se preocupó por determinar el tipo de actividad que correspondía a esa fase de la historia donde desde su óptica primaba la individualidad, con la convicción de que la presencia creciente de la propensión a la individuación generaría un recogimiento de la belicosidad. Sin embargo, esta tendencia vivía por aquellos años una crisis que lo enfrentaba a una tragedia: con la excepción de Inglaterra, toda Francia y el resto de Europa se habían convertido ante su perplejidad en una “vasta prisión”. La libertad y la individuación estaban amenazadas en su presente y ésta anomalía, explicaba, tenía dos fuentes: la conquista y la usurpación, actitudes que reconocía en las iniciativas de Napoleón. Estas “calamidades”, desde su prisma, estaban fuera de época, e implicaban un anacronismo histórico de graves derivaciones.

Frente a la embarazosa situación coetánea, Constant saluda la “réplica” de “dos grandes pueblos”, pues generaron condiciones para “zafar” de las cadenas “anunciando la aurora de

⁵³ Constant, B.; *Del espíritu de conquista...*; op cit; páginas 113 y 97 en este orden.

⁵⁴ Especialmente nos concentraremos en la primera parte, titulada “Del espíritu de conquista”.

⁵⁵ Sánchez Mejía, M. L.; op cit; página XV.

⁵⁶ Sobre el carácter de su enfrentamiento contra Napoleón, véase Rosenvallon, Pierre (2009); *La legitimidad democrática: Imparcialidad, reflexividad, proximidad*. Buenos Aires: Manantial; página 235. Véase al respecto, Sánchez Mejía, M. L.; op cit; páginas XII a XIV. La cita textual corresponde a la “Advertencia” de Constant, B. a su obra; *Del espíritu de conquista...*; op cit; página 5. Sobre la relación de Constant con Napoleón en el transcurso de los “Cien días”, véase de Winock, M.; op cit; capítulo 1.

⁵⁷ Sánchez Mejía, M. L.; op cit; página XII.

la libertad del mundo”.⁵⁸ La respuesta provino de aquellos que vencieron a Napoleón en Moscú (septiembre de 1812) y en la batalla de Leipzig (octubre de 1813).⁵⁹ El apuro para presentar *Del espíritu de conquista...*, que según cuenta comenzó a redactar en noviembre de 1813, se debió a la pretensión de aprovechar la oportunidad política que abría el desenlace de los citados combates, que habían puesto de manifiesto, por fin, que Napoleón podía ser derrotado.

Desde el mismo trazado que luego iban a patrocinar los pioneros de la sociología, Constant bosquejaba un esquema de reflexión que le asigna a cada época la vigencia de determinadas situaciones y actividades, que no son factibles en otros períodos. Por eso condena el uso que hacía Napoleón de la guerra y la conquista en un estadio donde predominaba el comercio. Esta proposición es la base para caracterizar la beligerancia como una antigualla. En cambio, consideraba razonable y justificado “el espíritu belicoso” de los pueblos de la antigüedad. Debido a los desafíos que imponía su entorno, allí la lucha violenta cobraba sentido: la existencia social dependía de la “espada”, ya que cada grupo humano era un enemigo “innato” de los otros.⁶⁰ Pero estas condiciones de supervivencia mutaron,

⁵⁸ Constant, B.; “Prefacio” a *Del espíritu de conquista...*; op cit; páginas 7, 9 y 10. Véase Winock, M.; op cit; página 35.

⁵⁹ Constant, B.; “Epílogo” a *Del espíritu de conquista...*; op cit; página 188.

⁶⁰ “La República romana, sin comercio, sin letras, sin artes, teniendo como única actividad interior la agricultura, reducida a un territorio demasiado estrecho para sus habitantes, rodeada de pueblos bárbaros, y siempre amenazada y amenazadora, seguía su destino al dedicarse a empresas militares inacabables”. Constant, B.; *Del espíritu de conquista...*; op cit; páginas 18 y 19. Véase, también, página 16. En *De la libertad de los antiguos comparada con la libertad de los modernos*, Constant afirma: “Todas las repúblicas antiguas estaban encerradas en límites estrechos. La más poblada, la más poderosa, la más considerable de ellas, no era igual en su extensión al más pequeño de los Estados modernos. Por una consecuencia inevitable de su escaso tamaño, el espíritu de estas repúblicas era beligerante; cada pueblo atacaba continuamente a sus vecinos o era atacado por ellos. Impulsados así por la necesidad, unos contra otros, luchaban o se amenazaban incesantemente. Los que no querían ser conquistadores no podían desarmarse ante el riesgo de ser conquistados. Todos compraban su seguridad, su independencia, su existencia entera, al precio de la guerra. Ella era el interés constante, la ocupación casi habitual de los Estados libres de la Antigüedad”. Unas páginas más adelante, señala: “...por el detalle de las costumbres, de los hábitos, del modo de los intercambios de los pueblos comerciantes de la Antigüedad con otros pueblos... su comercio en sí estaba, por así decirlo, impregnado del espíritu de la época, de la atmósfera, de la guerra y de la hostilidad que los rodeaba. El comercio en ese entonces era un feliz accidente; ahora es el estado ordinario, el objetivo único, la tendencia universal, la vida verdadera de las naciones. Quieren el descanso; con el descanso el bienestar y, como fuente del bienestar, la industria. La guerra es cada día un medio más ineficaz para cumplir sus deseos. Sus posibilidades no ofrecen ni a los individuos ni a las naciones los beneficios que igualen los resultados del trabajo pacífico y de los intercambios regulares. Entre los antiguos, una guerra afortunada sumaba en esclavos, en tributos, en territorios compartidos, a la riqueza pública y particular. Entre los modernos, una guerra afortunada cuesta infaliblemente más de lo que vale. Finalmente, gracias al comercio, la religión, el progreso intelectual y moral de la especie humana, no hay ya más esclavos en las naciones europeas. Los

aseveraba, con el progreso histórico, generando una etapa “lo bastante civilizada como para que la guerra le resulte una carga”. A diferencia de las formas de coexistencia propias de la antigüedad, en “su época” consideraba que convivía una gran masa de individuos en un tipo de sociedad que compatibilizaba la diferenciación (“diversas formas de organización”) con la homogeneidad “en cuanto a su naturaleza”, conjunción que sembró una “tendencia uniforme” que llevaba a la sociedad hacia la paz, y su vía eran las transacciones de bienes en el mercado.

Constant era consciente que existía otro factor que cooperaba en la eliminación de las conflagraciones, y fue el efecto de la llamada revolución militar, especialmente con el progreso de la artillería, que cambió las formas de combatir y esta mutación le quitó heroísmo y encanto a la batalla.⁶¹ Por eso, señaló que si un gobierno impulsaba en su actualidad a que un pueblo de Europa sea partícipe tanto de la guerra como de la conquista, no hacía otra cosa que instalar “un burdo y funesto anacronismo”, que no se atañía con el estado de la civilización.⁶² La guerra no traía prestigio y la actividad militar no generaba admiración en las nuevas circunstancias sociales. Los avances tecnológicos aumentaron la letalidad y, al mismo tiempo, los costos económicos, argumentos que abrevaban en Adam Smith. Todos estos componentes predisponían a dejar a los enfrentamientos armados en el pasado. Las colisiones bélicas reunían en su presente muchas condiciones para resultar un mal negocio; por eso, arguyó Constant, la perspectiva de generar la paz lograba grandes posibilidades, incluso, no como una mera tregua entre dos guerras, “sino que se instala de forma duradera”.⁶³

hombres libres deben ejercer todas las profesiones y satisfacer para todos las necesidades de la sociedad”. Constant, B. op cit; páginas 85 y 87. Sobre el tema consultar Winock, M.; op cit; página 90.

⁶¹ Esta tendencia que resignifica la actividad militar valorándola negativamente se registra con claridad desde el Renacimiento y es el correlato de la expansión del mercado. Alexis de Tocqueville señaló, observando a los Estados Unidos de Norteamérica, la pérdida de prestigio de la profesión del militar como tendencia, a favor de los civiles. Bonavena, Pablo y Nievas, Flabián; op cit; página 12. Véase al respecto de Bonavena, Pablo (2013); “Filosofía política sobre la guerra y la paz en los cimientos de las Ciencias Sociales: algunas notas sobre las obras de Tomas Moro y Erasmo de Rotterdam”; en *V Coloquio Internacional de Filosofía Política*. Universidad Nacional de Lanús. Un texto clásico sobre el tema es de Erasmo de Rotterdam; *Adagios del poder y de la guerra y Teoría del adagio*.

⁶² Constant, B.; *Del espíritu de conquista...*; op cit; páginas 20 y 21. Hablamos aquí de “revolución militar” en el sentido que le asignó Parker, Geoffrey (1990); *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente 1500-1800*. Barcelona: Crítica.

⁶³ Moreau, Philippe (2004); “El multilateralismo y el fin de la Historia”; en *Revue Politique Étrangère, Automne*. Francia: Defarges.

Constant entendía que no sólo la protección de las libertades individuales garantizaba la realización humana.⁶⁴ Si bien las garantías personales lo obsesionaban, depositaba, además, todo su entusiasmo en la certeza de lograr esta meta a partir de la expansión de los intercambios comerciales, puesto que con su ejercicio se establecían, afirmaba, “regulaciones intrínsecas de igualdad entre los hombres, que favorecen el ejercicio de la libertad”. El comercio era “una indiscutida superación de la guerra, y ésta, propia de los pueblos antiguos, había marcado por supuesto el espíritu de sujeción de los hombres a los Estados. El comercio, en cambio, era una expresión pacifista entre iguales o que igualaba a los hombres”.⁶⁵ En *Del espíritu de conquista...* aseveró: “Hemos llegado a la época del comercio, época que forzosamente ha de reemplazar a la de la guerra, del mismo modo que la de la guerra tenía forzosamente que precederla”.⁶⁶ En este estadio de la marcha de la especie humana destacó el aumento de las comunicaciones entre los pueblos como correlato de la tendencia mercantil. Esta situación favorecía la existencia de “ramificaciones sociales... más complejas”, y este aumento de la densidad de las relaciones sociales, concluyó, hacía que “las clases que parecen enemigas se hallan ligadas por vínculos imperceptibles pero indisolubles”.⁶⁷ El comercio dulcifica las pugnas entre naciones pero al mismo tiempo, de igual modo, suavizaba las disputas en el interior de cada una de ellas: armonía externa más armonía interna era la ecuación que se desprendía como corolario. Al comercio, inclusive, le asignaba importantes efectos morales: hacía más cosmopolitas a los hombres, los transformaba en más tolerables frente a las diferentes costumbres y maneras de pensar. Asimismo, reforzaba en cada hombre el aprecio de la independencia individual.⁶⁸ En *De la libertad de los antiguos...* afirmó: “La guerra es anterior al comercio, ya que la guerra y el comercio son sólo dos maneras diferentes para lograr el mismo objetivo: el de poseer lo que uno desea. El comercio no es sino una ofrenda a la fuerza del poseedor por parte del aspirante a la posesión. Éste es un intento de obtener por las buenas lo que no se espera ya conquistar por la violencia. Un hombre que fuese siempre

⁶⁴ Para Constant “la aparición del individuo constituye el verdadero paso a la modernidad”. Saralegui Benito, Miguel (2007); “La libertad de los modernos y la libertad negativa. Diferencias y similitudes entre los discursos «liberales» de Constant y Berlin”; en *Thémata: Revista de Filosofía*. Nro. 38. España: Universidad de Sevilla; página 237.

⁶⁵ Castellanos Meneses, Renier (2010); “Ética y libertad: la inmanencia de los límites”; en *Escritos*, Volumen 18. Nro. 41. Medellín, Colombia; página 400.

⁶⁶ Constant, B.; *Del espíritu de conquista...*; op cit; página 17.

⁶⁷ Constant, B.; *Del espíritu de conquista...*; op cit; páginas 112 y 113.

⁶⁸ Arango, I. D.; *Críticos y lectores de Rousseau...*; op cit; páginas 81 y 82.

fuerte, no se le ocurriría jamás la idea del comercio. Es la experiencia que (demostrándole que la guerra, es decir, el uso de su fuerza contra la fuerza de otro, lo expone a diversas resistencias y diversos fracasos) lo lleva a recurrir al comercio, es decir, una forma más suave y más segura de comprometer el interés de otro para consentir a la conveniencia del interés propio. La guerra es el impulso, el comercio es el cálculo. Pero, por ahí mismo, deberá llegar una época en que el comercio sustituya a la guerra. Hemos llegado a esa época”.⁶⁹ La actividad guerrera en la sociedad de su tiempo, argumentó, tenía otro efecto devastador para la economía, pues diezmaba “su juventud más floreciente”, circunstancia que significaba arrebatar “los brazos más necesarios para la agricultura, la manufactura, la industria...”.⁷⁰ Este ingrediente, la necesidad de garantizar la disponibilidad de la fuerza de trabajo para alimentar la producción fabril, también predisponía a cimentar la pacificación.

La guerra fuera de época presentaba otro factor de riesgo: la formación de una “casta militar”. Afirmaba Constant que “un ejército numeroso, orgulloso de sus éxitos, habituado al saqueo, no es un instrumento fácil de manejar”, por eso advirtió sobre el peligro de la autonomía militar respecto a otras instituciones y los individuos.⁷¹ La presencia de esta “casta”, ante el peligro de que ganase altas cuotas de autonomía, generaba una obligación a los gobernantes: “es pues necesario mantener ocupado a ese ejército, al que la peligrosa ociosidad hace inquieto; es preciso mantenerlo alejado; es preciso encontrarle adversarios. El sistema militar, con independencia de las guerras actuales, contiene el germen de las guerras futuras; y el soberano que una vez emprendió esta ruta, arrastrado como ésta por la

⁶⁹ Constant, B.; op cit; páginas 86 y 87. Ver Arango, Iván Darío (2010); *Dificultades de la Democracia: bases para una ética política*. Medellín: Instituto de Filosofía. Universidad de Antioquia, página 5

⁷⁰ Constant, B.; *Del espíritu de conquista...*; op cit; página 24. Aquí Constant cita a pie de página a Say: “La guerra cuesta mucho más de lo que se gasta en ella, dice un juicioso escritor. Cuesta todo lo que impide ganar” Say, Jean B. (1803); *Traité d'économie politique*. Volumen II. París; página 426.

⁷¹ Constant, B.; *Del espíritu de conquista...*; op cit; página 34. Tanto en *Del espíritu de conquista y de la usurpación*, como en el libro XIII de *Principios de política aplicables a todos los Gobiernos* (1815), Constant afronta cuestiones relativas a la guerra. Se declara “pacifista, pero “no incondicional... porque admite la defensa nacional, única legítima, pero sí muy preocupado por la manía guerrera de los Gobiernos”. Realiza un examen de los métodos del reclutamiento militar, y es evidente que prefería el sistema voluntario, pero admite que si éste no resulta suficiente, es menester permitir que el Estado organice un servicio obligatorio. “Pero ésta situación sólo puede ser admitida, afirma, únicamente combinada con un régimen de libertad política. Es preciso que el Ejército no tenga un carácter permanente; que sólo sea llamado en caso de que las circunstancias lo exijan y que desaparezca cuando dichas circunstancias han cambiado. Esta última observación se verá atenuada en 1818. Ya bajo los Cien Días Constant había rechazado los planes quiméricos de disolución de todo Ejército permanente, «que varias veces nos ha sido ofrecido por los filántropos soñadores en sus escritos». Bastid, Paul (1965); “Dos manuscritos de Benjamín Constant”; en *Revista de Estudios Políticos*. Nro. 143. Septiembre-October. Madrid; página 15.

fatalidad que él mismo ha conjurado, no puede volver a ser pacífico en ningún tiempo”.⁷² Estos males se potencian, reflexionó, con la proyección de la autonomía militar en la época del comercio y la industria, pues “adoptaría la ferocidad del espíritu guerrero, pero conservaría el cálculo del espíritu mercantil”. Esta mezcla explosiva, entre lo viejo y lo nuevo, los transmutaría en “vándalos resucitados”, que “carecerían por completo de la ignorancia del lujo, la simplicidad de costumbres, el desprecio hacia toda acción innoble que podía caracterizar a sus rudos predecesores”. Así, el poder militar sumaría “a la brutalidad de la barbarie los refinamientos de la molición, a los excesos de la violencia las intrigas de la codicia. Unos hombres a los que se hubiera dicho con toda claridad que sólo luchan por el botín, unos hombres cuyas ideas guerreras hubieran sido reducidas a ese resultado claro y aritmético, serían hartamente diferentes de los guerreros de la antigüedad”.⁷³ Con ellos imbuidos por un afán de codicia se acabaría con toda posibilidad de una convivencia sosegada. El “espíritu militar” combinado con el “espíritu comercial” formaba para Constant una convergencia que licuaba los valores morales que cada uno contenía e irradiaba en su respectiva época.

Desde las páginas de *La Minerve* defendió, también, la propiedad industrial, considerándola “la mejora de la sociedad en su conjunto”, argumentando que “se la podría llamar la legisladora y benefactora del género humano. Los gobiernos se aprovechan de su escuela porque la industria, esencialmente, tiene necesidad de seguridad y garantías, y Europa entera ganará, porque el espíritu comercial, reemplazando el espíritu de conquista, trocará el odio en emulación, y a la rivalidad en competencia”. Reivindicaba a la “clase intermedia”, que ubica entre el proletariado y los nobles, a partir de un basamento: “ya no es el suelo ni la propiedad de la tierra lo que engendra la riqueza de las naciones, sino la industria”. Su veneración por la industria expresaba el desarrollo social: “a la civilización aristocrática, que tenía como base los beneficios de la tierra y las prácticas de la guerra, debe suceder una sociedad liberal (se la podría llamar burguesa) en que el comercio y la industria crearán otras maneras de vivir y de pensar”.⁷⁴

⁷² Constant, B.; *Del espíritu de conquista...*; op cit; páginas 35 y 36.

⁷³ Constant, B.; *Del espíritu de conquista...*; op cit; página 24.

⁷⁴ Winock, M.; op cit; página 83.

Finalmente, Constant liga su reivindicación del comercio con otra cualidad: “He mostrado cómo el comercio hace que el efecto de la arbitrariedad sobre nuestra existencia sea más vejatorio que antaño, pues al ser nuestras especulaciones más variadas, la arbitrariedad ha de multiplicarse para poder alcanzarla: pero al mismo tiempo, el comercio hace que sea más fácil eludir la acción de la arbitrariedad, puesto que transforma la naturaleza de la propiedad, que con ese cambio se hace más inaccesible. El comercio aporta a la propiedad una nueva cualidad, la circulación. Sin circulación, la propiedad no es más que usufructo. La autoridad siempre puede actuar sobre el usufructo, puesto que puede suprimir su disfrute. Pero la circulación establece un obstáculo invisible e invencible a la acción del poder social”. La revolución científica que desató la concepción del cuerpo de William Harvey, con su obra *De Motu Cordis* de 1628, fue captada por Adam Smith, quien generó una analogía entre la circulación de la sangre y el mercado libre de trabajo y bienes. El movimiento, la buena circulación, quedó entroncada con la salud del cuerpo biológico y del cuerpo social. Constant comparte esta premisa y prolonga este principio.⁷⁵ La industria, el comercio y la libre circulación son elementos que quedan emparentadas en su pensamiento con la armonía social.

-IV-

Ferguson fue el primero que comenzó a esbozar una interpretación de la evolución histórica entendida como el pasaje de un tipo de sociedad primitiva a una sociedad civilizada (“sociedad civil” en sus términos). Determinó que el recorrido de la humanidad se plasmó evolucionando en la línea “salvajismo/barbarie/sociedad civilizada (civil)”. Este esquema fue asumido por toda la ilustración escocesa, que analizó “la evolución de la sociedad y el desarrollo social con base en esta teoría de los estadios que comprende grandes etapas «típico ideales» a las que denominaron caza, pastoreo, agricultura y sociedad civilizada... Cada una de éstas representa un avance con relación al periodo anterior y entre ellas se diferencian por tener concepciones distintas respecto al desarrollo cognitivo, la propiedad, el gobierno y el derecho, y diversas percepciones sobre las costumbres, el modo de

⁷⁵ Sennet, Richard (2207); *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza. Capítulo: “Cuerpos en movimiento. La revolución de Harvey”.

subsistencia, las normas morales, la división del trabajo, etcétera.⁷⁶ El coro que representó esta tendencia inspirada en Escocia fue añadiendo muchas voces. Los precursores de la sociología, con variantes, sumaron las suyas adoptando este esquema interpretativo. Gurvitch, por ejemplo, siguiendo la postura de Gouhier, considera que la ley de los tres estadios esgrimida por Saint Simon y Comte representa “un lugar común de la época”, con antecedentes en Jean Burdin, Turgot y Constant. Esta influencia también es reconocida por Mary Pickering.⁷⁷ En realidad, la idea que oponía el espíritu militar con el espíritu industrial era muy extendida en el mundo intelectual de la primera mitad del siglo XIX, en un espacio que va de Constant a Spencer.⁷⁸

En efecto, Constant forma parte del círculo de influencias donde abrevó Saint Simon para elaborar su doctrina.⁷⁹ Saint Simon, a su vez, tuvo una buena recepción entre los círculos liberales, que seguían sus trabajos con simpatía.⁸⁰ Sin embargo, “los escritores y publicistas liberales, Benjamin Constant, Mme. De Staél, los industriales que al principio lo habían sostenido, se apartaron de él y expresaron su total desacuerdo con un pensamiento tan peligroso”. El problema eran algunas conclusiones de Saint Simon, que avizoraba una transformación de las relaciones sociales e impugnaba el principio de la propiedad privada, y asumía de manera creciente un perfil dogmático en sus reflexiones que provocan el rechazo de los liberales.⁸¹ Saint Simon, por su lado, se alejaba de la “opinión liberal” ya que no defendía suficientemente a los industriales. Con estos avatares, bajo la influencia de

⁷⁶ Wences Simon, María Isabel (2006); “Adam Ferguson y la difícil articulación entre el comercio y la virtud”; en *Polis. Revista Latinoamericana*. Nro. 14. Editada por el Centro de Investigación Sociedad y Políticas Públicas. Chile: Universidad de Los Lagos. Campus Santiago. Referencia: Ferguson, A. (1767); *An Essay on the History of Civil Society*. London: A. Millar & T. Cadell. En español: (1974); *Un ensayo sobre la historia de la sociedad civil*. Prólogo de Graciela Soriano. Revisión y corrección de Juan Rincón Jurado. Madrid: Instituto de Estudios Políticos. Véase sobre el tema, Giner, S.; *Teoría sociológica...*, op cit; página 72. Sobre la influencia de Jean Burdin (*Course d'études médicales ou exposition de la structure de l'homme de 1803*) en la obra de Saint Simon, véase de Heilbron, Johan; Magnusson, Lars y Wittrock, Björn (1998); *The Rise of the Social Sciences and the Formation of Modernity: Conceptual Change in Context, 1750-1850*. Dordrecht, The Netherlands: Springer Science & Business Media; page 47.

⁷⁷ Gurvitch, Georges (2001); *Los fundadores de la sociología contemporánea*. Barcelona: Hacer Editorial; página 154. Referencia: Gouhier, Henri (1933); *La juventud de Augusto Comte y la formación del positivismo*. Tomo I. París: Vrin; página 17. Pickering, M.; op cit; page 62.

⁷⁸ Aron, Raymond (1958); *War and Industrial Society*. Oxford: Oxford University Press; page 7.

⁷⁹ Bénichou, P.; op cit; página 52.

⁸⁰ Forte, M. A.; *Sociología, sociedad...*; op cit; página 128.

⁸¹ Anzar, P.; op cit; página 6.

Constant, entre otros, se convirtió en un “apóstol de la industria”.⁸² Los acercamientos y desencuentros entre liberales y Saint Simon fueron acompañados por Constant, que confrontó a los saint-simonianos, a Comte y a todos aquellos que querían “fundar un papismo industrial”.⁸³ Estas idas y vueltas, sin embargo, no opacan una realidad. La sociología del siglo XIX lleva, entre otras, la marca de Constant y coopera en instalar uno de los errores que anidan en la “infraestructura” de la disciplina, consistente en suponer “la posibilidad de que progresivamente la sociedad se desembarazara de toda conflictualidad y volviera a una pretendida inocencia natural”.⁸⁴ El pensamiento de Constant fue un “puente” entre la ilustración escocesa y los primeros sociólogos aunque, claro está, él no es el responsable del camino que tomaron. Los sociólogos pioneros, de la mano de fundamentos liberales, desplazaron al conflicto, incluida la guerra, del horizonte del desarrollo social, localizando estos fenómenos, contra toda evidencia, en el mejor de los casos, sólo como un episodio marginal o extraordinario, que no forma parte de lo “normal” en el despliegue edulcorado de la sociedad moderna. La sociología del siglo XX, más allá de los lindes del marxismo, convive plácidamente con estos principios que Constant ayudó a propalar.

⁸² Aron, R., *La société industrielle...*; op cit. Sobre las diferencias entre industrialismo y liberalismo, véase de Campillo, Neus (1992); *Razón y utopía en la sociedad industrial. Un estudio sobre Saint Simon*. España: Universidad de Valencia. Departamento de Filosofía; páginas 152 a 155. Freund, Julien (1987); *Sociología del conflicto*. Buenos Aires: Fundación CERIEEN; página 38

⁸³ Constant marcó sus diferencias con Comte en la *Revue encyclopédique*, Tomo XXXIX, febrero de 1826; página 432. También en la *Revue encyclopédique*, Tomo XXX, mayo de 1826; página 544. Véase Bénichou, P.; op cit; páginas 53 y 52.

⁸⁴ Freund, J.; op cit; página 38.